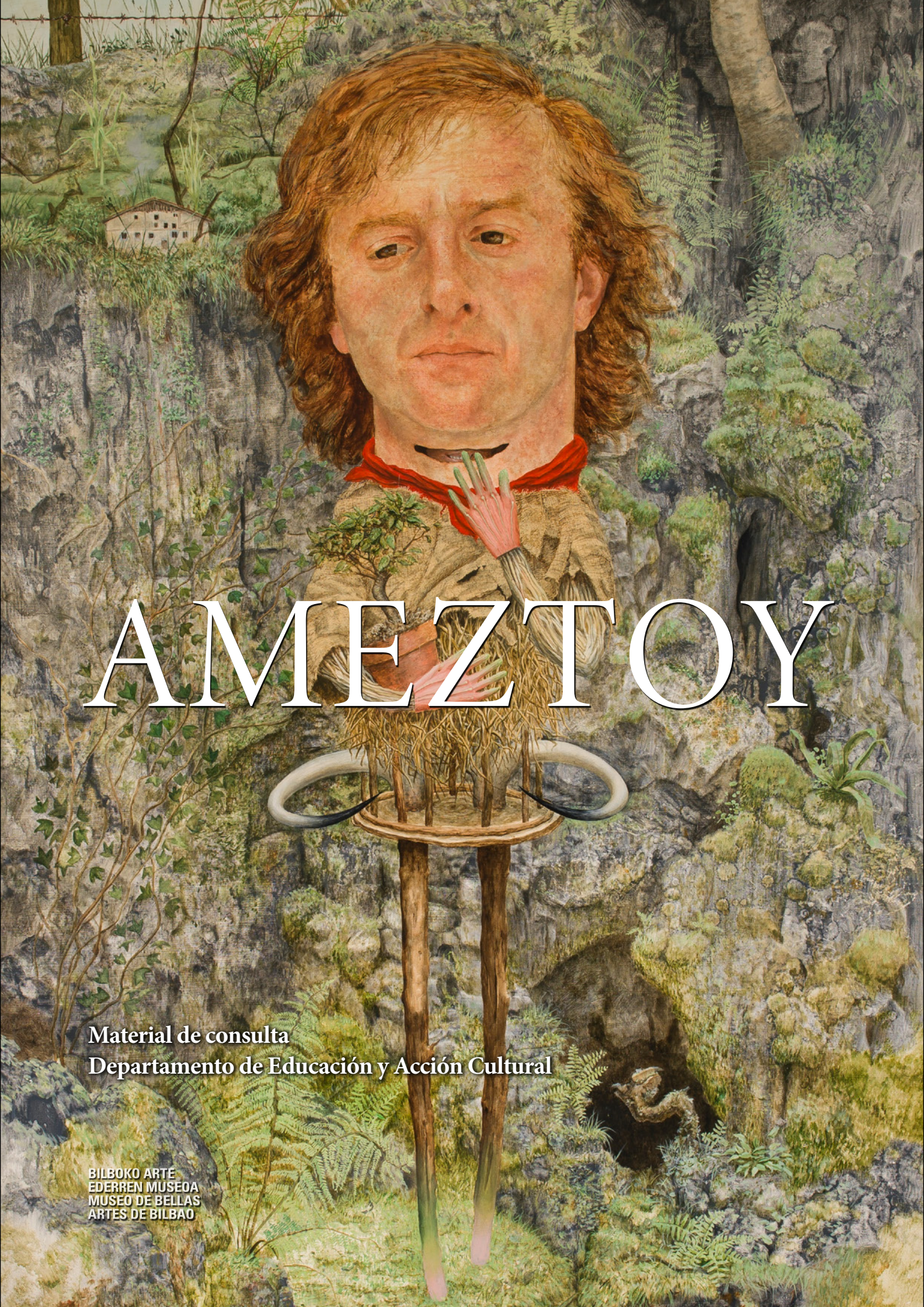


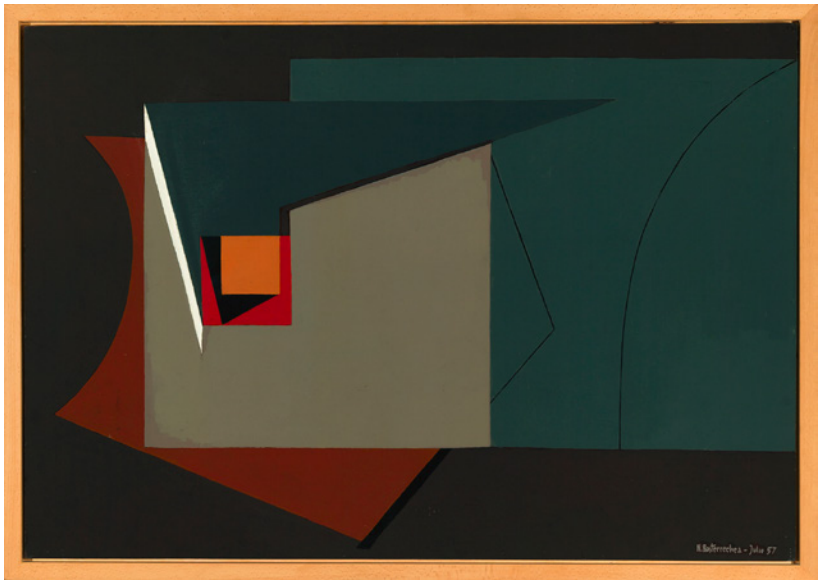
AMEZTOY

Material de consulta
Departamento de Educación y Acción Cultural

BILBOKO ARTE
EDERREN MUSEOA
MUSEO DE BELLAS
ARTES DE BILBAO

EL CONTEXTO DEL ARTE VASCO. AÑOS SETENTA

Tras la Guerra Civil, se sucedieron en el ámbito vasco dos generaciones de artistas que desarrollaron propuestas estéticas diferentes, pero con la abstracción como elemento común. El primero de ellos, configurado principalmente por Jorge Oteiza, Eduardo Chillida y Néstor Basterretxea, desarrolló una obra abstracta con un empleo muy importante, casi militante, de la geometría, y también fue muy severo en la utilización de los recursos expresivos, casi con un sentido reverencial de los materiales. Todo ello confirió a este arte un sentido de espiritualidad, solemnidad, dogmatismo y esencialidad que se vinculó con un sentimiento de identidad amenazada por la dictadura.



Jorge Oteiza
Caja vacía o conclusión experimental n.º 1(B), 1962-1965

Eduardo Chillida
Alrededor del vacío I, 1964

Néstor Basterretxea
Composición desde el cubo, 1957

El segundo conjunto de artistas, más numeroso que el anterior, fue el conformado por Rafael Ruiz Balerdi, José Luis Zumeta, José Antonio Sistiaga, Bonifacio Alfonso, Amable Arias, Remigio Mendiburu, Vicente Larrea y Juan Mieg, entre otros. Su interés residía en un arte abstracto de gran expresividad, con un mayor dramatismo y libertad en el uso del gesto, las formas y los materiales.

Estos dos grupos buscaban un arte reivindicativo, identitario, preocupado por expresar un "alma tradicional" a través de los nuevos lenguajes de vanguardia contemporáneos.

Rafael Balerdi
Venecia, 1964-1972

Remigio Mendiburu
Jaula para pájaros libres, 1968

Bonifacio
Juguetes, 1975

José Antonio Sistiaga
Acción vital. Homenaje a nuestros antepasados, 1960

Por otro lado, la mayoría de los artistas vascos de la generación a la que pertenece Vicente Ameztoy, casi todos nacidos en torno a 1945, desarrolló un arte figurativo caracterizado por la ironía, la cultura popular, la fantasía surrealista, el interés por la fotografía, el cine, los objetos encontrados, y un aliciente manifiesto por el uso de nuevos materiales como espejos, poliéster, bombillas u otros objetos de uso cotidiano. Sus obras se manifestaron tanto en pinturas como en esculturas y *collages*. Todo esto diferenció radicalmente a los artistas de esta generación de los anteriores, pero el hecho más evidente de esta separación es la propia figuración. El abandono de la abstracción produjo en los artistas más veteranos una verdadera convulsión, ya que ellos la reivindicaban como una batalla estética, pero también social (antiburguesa) y política (antifranquista). Para ellos, su abandono fue como una traición, y los enfrentó abiertamente con esta joven generación y sus manifestaciones artísticas, no tanto por la calidad de sus obras, sino por la amenaza de una nueva manera de entender el arte, que consideraban ya del pasado, y que cuestionaba su planteamiento estético. Por otro lado, estos artistas figurativos tampoco tenían ningún interés en formar un grupo o colectivo compacto, algo que sí era vital para los veteranos. Lo que más les unía era su edad, su amistad y un interés recíproco por un tipo de arte nuevo y lejano al de sus predecesores. Un arte más pop, con una visión menos trascendental de la vida y con una actitud más cínica hacia su propio entorno. Un arte que recuperó la figuración como elemento de expresión válido para manifestar sus intereses e inquietudes.

Andrés Nagel
82031, 1982

Ramón Zuriarrain
Transformación, 1978

Marta Cárdenas
Paisaje, 1980

Mari Puri Herrero
El comedor, 1974

BIOGRAFÍA ARTÍSTICA

Autorretrato, 1978

Primeras obras. Los paisajes perforados y las figuras-paisaje

Vicente Ameztoy nació en San Sebastián en 1946 en el seno de una familia de industriales vascos vinculados al negocio textil, pero también con fuertes conexiones con el ámbito artístico. A su padre le gustaba coleccionar arte, su madre era hermana del pintor Jesús Olasagasti, e incluso una hermana de su padre estaba casada con Gonzalo Chillida, hermano del escultor Eduardo Chillida. Ya desde niño encontró el ánimo y el apoyo de esta familia de artistas, y su precocidad hizo que, con solo trece años, participara en su primera exposición, junto con otros artistas mayores que él. Es posible que fuera su tío, Gonzalo Chillida, quien más le influyera en esta primera etapa en su manera de pintar delicada, cuidadosa, evanescente y llena de transparencias, con colores suaves y fondos muy trabajados.

Algo más tarde, en 1964, acudió a la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, donde conoció a Antonio López, que influyó profundamente en su pintura. Parte de las inclinaciones adultas que definen su estilo ya estaban presentes en estas primeras obras, como, por ejemplo, la revelación del alma de lo inanimado o de una conciencia que nos contempla, además de un regusto por lo inquietante y lo insólito. También se asienta su interés por reflejar diferentes visiones del paisaje del País Vasco, pero con una doble intención: la primera como reflejo de su interés por la descripción minuciosa de la naturaleza y, la segunda, como elemento simbólico que representa al propio País Vasco de una manera atemporal. Como resultado de todo ello, nos presenta obras con un componente visual inestable, lleno de equívocos y transparencias en las que la luz brumosa del paisaje vasco facilita la mezcla de perspectivas. Incluso cuando aparecen figuras humanas, estas también incorporan este atributo de la transparencia, dejando ver a su través fragmentos del paisaje que, en teoría, deberían tapar, creando un extraño efecto ventana en el lugar donde debería aparecer un volumen opaco.

Sin título, c. 1964

Sin título, 1968-1969

Sin título, c. 1971

A través del espejo (1970-1973)

Poco a poco, Ameztoy fue depurando las ideas con las que venía trabajando, vaciando cada vez más el paisaje interior de las figuras hasta encontrarnos ante unos perfiles totalmente vacíos que se recortan, desde la cintura hasta la cabeza, contra un paisaje real. Pero la novedad parte de que estas obras están pintadas sobre espejos, lo que hace que, a su vez, se refleje en su interior toda la realidad circundante, dando una nueva dimensión a su interés por la percepción de las apariencias y abriendo nuevos interrogantes. Se trata de un juego entre el espacio físico del espectador y su incorporación dentro del perfil de otra figura gracias al reflejo del espejo, que, además, incorpora el espacio del paisaje que se halla pintado en la misma obra. Todo un conjunto de lecturas superpuestas que se encuentran muy en línea con el interés del artista.

Sin título, 1970

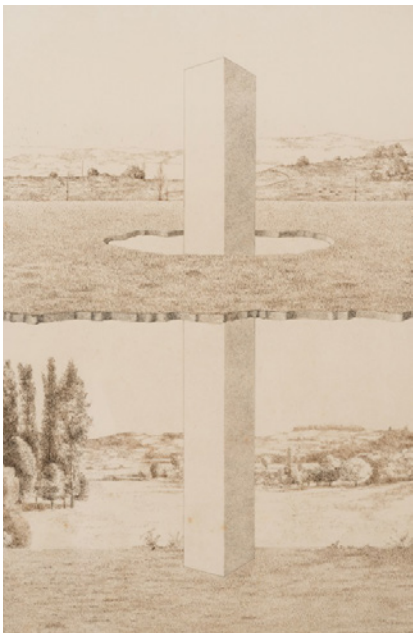
Sin título, c. 1970

Los paisajes dobles y la geometría (1972-1974)

Los años setenta fueron muy importantes en la evolución de su obra. La primera aportación de esta nueva etapa fue la desaparición de la figura humana, de manera que el paisaje pudo manifestar su naturaleza perturbadora y de extrañeza por sí mismo, empleando formas geométricas (paralelepípedos) que duplican los espacios. El propio Ameztoy denominó este procedimiento "ocupación violenta mediante elementos geométricos en el paisaje". Este cambio en su pintura también se vio reforzado por el traslado de la familia de San Sebastián a Villabona en 1970, donde tenían la casa familiar Etxe-Ondo. Según el artista, gracias a vivir inmerso en la naturaleza, pudo percibir su poderoso funcionamiento interno y darse cuenta de la impotencia humana ante una fuerza semejante.

Sin título, c. 1972

Sin título, c. 1972



Sin título, c. 1972

Sin título, 1973

Las metas-falo (1973)

En la obra que siguió, el misterio del paisaje deja de revelarse a través de sus espacios tergiversados para centrarse más en una transformación anormal, como tumoral, de algunos de sus elementos habituales. Es como si la naturaleza cobrara vida propia, haciendo germinar de ella criaturas medio deformes y con aspecto enigmático y amenazador. Para lograrlo, el artista juega principalmente con el aspecto de los almiares -*metas* en euskera-, acumulaciones de paja o hierba alrededor de un palo, muy frecuentes en el paisaje rural de aquel momento.

Sin título, c. 1972

Sin título, c. 1972

Sin título, 1973-1974

Sin título, c. 1973-1974

Los espantapájaros humanos (1975-1978)

A lo largo de la segunda parte de los años setenta, Ameztoy creó sus obras más emblemáticas y reconocidas, los denominados espantapájaros humanos. Es como si las formas germinales de sus años anteriores culminaran su metamorfosis y cobraran forma humana. Estos nuevos seres están hechos de ramas, palos, raíces y hierbas, todos ellos ingredientes constructivos del mundo vasco que dotan a sus obras de una nueva dimensión y de nuevas posibilidades de narrar historias por medio de estos extravagantes e inquietantes seres vegetales.

Sin título, 1975

Sin título, 1975

A través de sus obras, el artista manifiesta la voluntad de crear en su mente un lugar con plena libertad donde introducir seres sin condicionamientos previos, que puedan vivir ahí en total mímesis con la naturaleza. Algo que, en nuestra tradición cultural, conecta con los carnavales navarros de Lanz y de otras poblaciones donde las personas cobran fisonomías vegetales o animales. Una pintura muy sintomática de esta idea, y que reúne muchos de los aspectos del mundo de Ameztoy, es *La familia*, una obra que se basa en una fotografía antigua de su familia en la que aparecen personajes herbáceos vestidos con atuendos decimonónicos y dos enigmáticas mujeres con gafas que se hallan delante de unos perfiles vacíos ocupados por un cielo de nubes, que, actúan, a su vez, como espacio de separación de otros personajes más retrasados y una especie de paisaje futurista sumido en una oscuridad amenazante.

La familia, 1975

En el año 1976 también realiza dos retratos familiares: el de su mujer, Virginia Montenegro, y el suyo propio. También se trata de personajes herbáceos, pero él se representa como una especie de ángel con su paleta de pintor y unos tubos de pintura que flotan en el aire, como queriendo hacer referencia a la dignidad de su profesión artística, aunque con cierto toque de ironía. La obra que representa a Virginia lleva en su mano izquierda una bolsa de redecilla con la compra a la vista, mientras que en la derecha sujeta un cazamariposas con un hombre alado atrapado en él y un trozo de noche estrellada, como queriendo jugar a la paradoja de estar atrapada o dividida entre una vida como ama de casa y otra más vinculada al mundo de los ideales.

Sin título (Autorretrato), 1976
Sin título (Retrato de Virginia Montenegro), 1976

Durante los años 1976 y 1977 realizó todo un conjunto de obras con personajes vegetales bastante siniestros y sin aspecto anatómico concreto, pero reflejando posturas humanas y como queriendo mostrar sentimientos. Aun así, en la mayoría se aprecia una especie de ambiente de amenaza o de inseguridad.

Sin título, 1976

Sin título (Vizcaya), 1976

Entre 1977 y 1979 llevó a cabo algunas de las pinturas que están consideradas de las mejores de su producción. En todas ellas la descripción de los personajes y del resto de elementos que aparecen en el cuadro son de tal detallismo que parecen analizados con lupa, como si Ameztoy tuviera un interés especial en descubrir hasta el último detalle que los integran. De este modo, nos ofrece un universo denso y abigarrado que encierra sus propias referencias biográficas. El artista incorpora en estas obras sus observaciones y experiencias personales, manifestadas aquí de una manera sorprendente y enigmática que hace que el espectador sea incapaz de descifrar todos sus secretos. Aun así, a pesar de su irrealidad y de su falta de escala, da la sensación de que todo ocurre en un espacio verosímil, al igual que en *Alicia en el país de las maravillas* o *Los viajes de Gulliver.* Incluso en una de sus obras aparece una dentadura que nos recuerda a la sonrisa del Gato de Cheshire de la obra de Lewis Carroll.

Es a partir de este momento cuando empiezan a desaparecer los seres con apariencia humana, y será la propia naturaleza la que se otorgará a sí misma atributos humanos. Esto hace que la sensación de amenaza y de extrañeza sea aún mayor que en sus obras anteriores.

Sin título (La boca), 1979

Sin título, 1977

Sin título (Autorretrato), 1979

Sin título, 1976-1977

Fragmentos de un imán (1978-1992)

A lo largo de este periodo, sus obras rompen con la unidad estructural anterior para dar rienda suelta a su imaginación. Los escenarios de sus obras son más teatrales y llenos de imágenes visionarias y superposiciones arbitrarias de los diferentes elementos que las componen. La imaginería humanoide se representa a través de fragmentos troceados y dispersos por el espacio sin someterse a ninguna lógica aparente.

Entre los óleos realizados en estos años, se pueden establecer tres conjuntos diferentes entre sí. El más extenso es el que presenta paisajes extraños en los que incluye la presencia de fragmentos humanos que refuerzan la sensación de estar ante algo que produce un gran desasosiego. La presencia de ojos sueltos hace que estas naturalezas imposibles se "humanicen" y se conviertan en una especie de presencia monstruosa. Las obras del segundo grupo, de naturaleza reivindicativa, a menudo portan menor cantidad de elementos y suelen contener un mensaje directo sobre cuestiones de actualidad. El tercer grupo reúne piezas de paisajes puros, sin intromisiones fantásticas, en los que ha desaparecido la presencia de cualquier huella humana.

Sin título, 1984
Sin título [Poxpolinak (Arias Navarro)], 1977
Sin título (La Concha), 1984

Remelluri (1994-2001) y otras obras

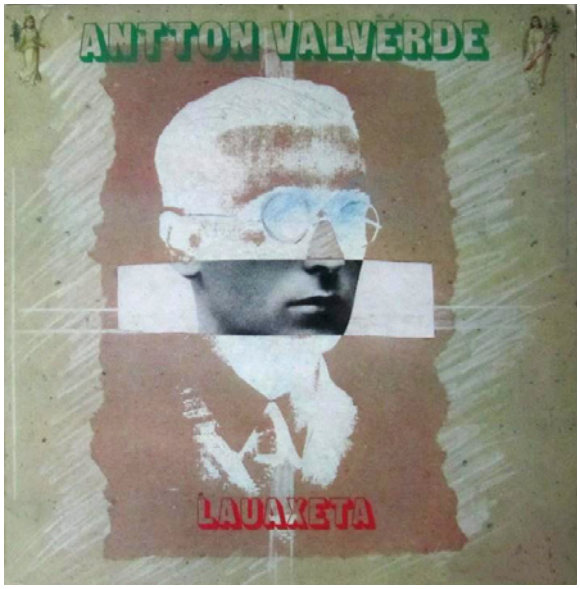
La serie que Ameztoy realizó en la ermita de Nuestra Señora de Remelluri, en Labastida (Álava), supone el trabajo más importante de la etapa final de su carrera. Está formada por siete óleos en los que representó a seis santos relacionados con la ermita y su entorno, así como una visión del Paraíso. Todos los personajes se recortan sobre paisajes del propio enclave y aparecen portando algún elemento relacionado con su tormento o profesión. El santo principal, San Vicente, de igual nombre que el artista, es considerado el patrón de los vendimiadores, de ahí que presida la ermita, situada en los terrenos de la bodega de esta localidad.

En la composición dedicada al Paraíso, Ameztoy representa un escenario real, un rincón del valle alavés de Valdegovía, donde el tiempo parece detenido justo en el momento en que Eva le ofrece a Adán una *Amanita muscaria*, en vez de la manzana habitual. La escena se reproduce a tiempo real en una gran pantalla con un reloj digital, y el espacio está poblado por multitud de animales. Se trata de un paraíso bastante amable, en el que el ambiente es relajado y amigable, pero un segundo después todo cambiará. Se trata del instante previo al pecado original, cuando el mundo ideal representado se perderá para siempre. Poco después de terminar esta composición, el 6 de noviembre de 2001, Vicente Ameztoy falleció en San Sebastián.

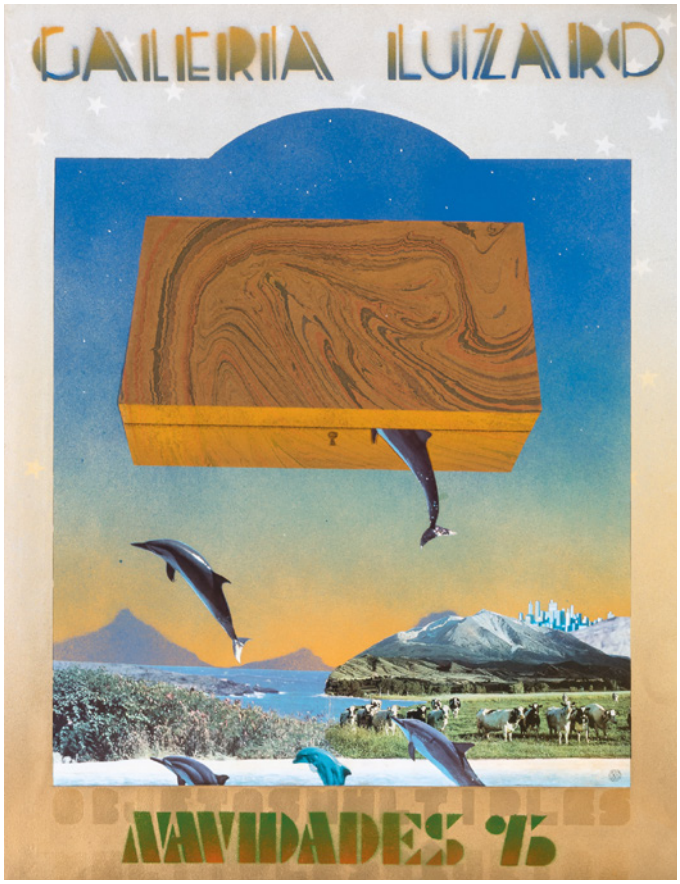
San Vicente, 1994
San Cristóbal, 1998
Santa Eulalia, 1999
Paraíso, 1997-2001

A pesar de que en la actualidad Vicente Ameztoy es más conocido por su obra pictórica, también trabajó otras disciplinas artísticas. Entre ellas, realizó *collages* y unas cajas en las que siguió manifestando su interés por generar nuevos significados manipulando objetos cotidianos o procedentes de animales y también del mundo vegetal. El resultado son piezas con cierto aire de taxidermia y gusto necrófilo. También manifestó un notable interés por el mundo del dibujo y del grabado, y llevó a cabo una importante producción en el diseño de carátulas de discos y de carteles para diferentes eventos culturales, así como portadas de revistas, entre las que destacan las realizadas para *Euskadi Sioux*, una revista gráfica que abordaba con ironía y humor temas sociales y políticos del ámbito vasco.

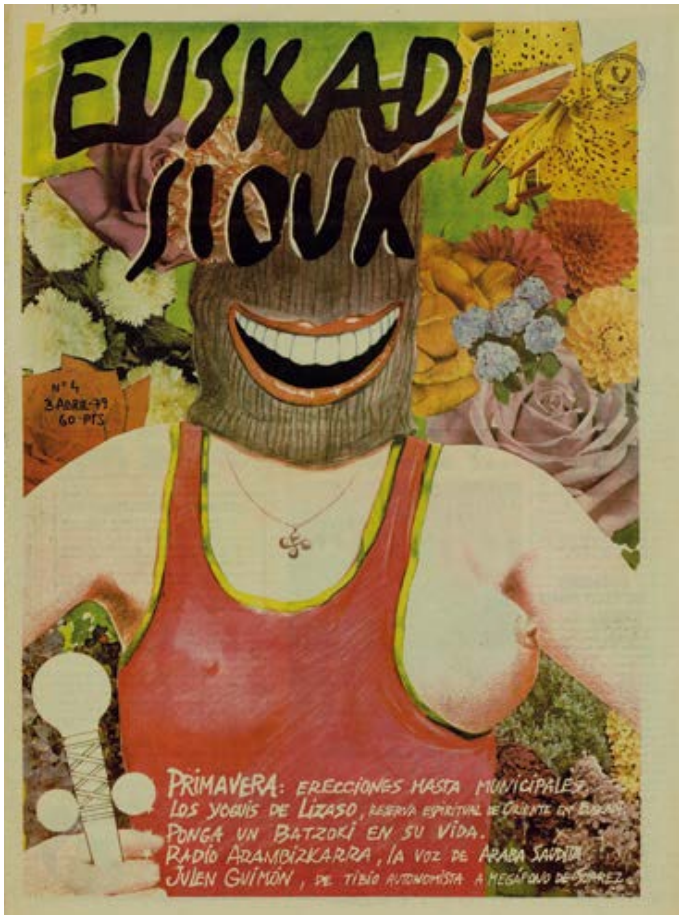
Por su técnica, la obra de Ameztoy precisó de mucho tiempo para su realización, motivo por el que nunca se ajustó demasiado a los ritmos marcados por el mercado del arte. Pero al contemplarla, es evidente que estamos ante algo personal y único, el producto de un artista, prácticamente autodidacta, que nos enfrenta a una imagen de la realidad incierta e insegura, sumamente enigmática y misteriosa. Alguien que tiene la capacidad de hacer de la realidad una ilusión y de la ilusión una realidad.



Carátula disco Antton Valverde *Lauaxeta*, 1978



Cartel Galería Luzaro, 1975



Portada de la revista *Euskadi Sioux,* n.º 4, 1979

Miss Herikordia, 1983

Material de consulta extraído del catálogo para la exposición “Ameztoy” celebrada del 12 de febrero de 2020 al 7 de junio de 2020 en el Museo de Bellas Artes de Bilbao.

DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN Y ACCIÓN CULTURAL
Museo Plaza, 2
48009 BILBAO

Tel. 94 439 61 41
Fax. 94 439 61 45

deac@museobilbao.com
www.museobilbao.com

BILBOKO ARTE
EDERREN MUSEOA
MUSEO DE BELLAS
ARTES DE BILBAO

bbk